



Oí que ladraban los perros

Ricardo León García*

—¡Señores, deben leer *Tlaxiaco* de Alejandro Marroquín para la próxima clase!—, fue la rotunda orden del profesor al finalizar la sesión.

Minutos después, llegaba orondo otro de nuestros maestros con una extraordinaria sonrisa de oreja a oreja. Recién le habían informado que su estudio sobre la minoría nacional triqui, además de haber obtenido un premio en efectivo que ya se había gastado, acababa de salir de la imprenta.

Era necesario leer para la clase y, además, era un imperativo saber de los vericuetos de la antropología en los que se metían nuestros profesores. Pero ya desde entonces aquí todo iba de mal en peor. Uno queriendo aprender y siempre presente la cortedad de centavos, no alcanzaba para los libros.

Era el tiempo en que cada librería hacía esfuerzos por mantener una clientela de lectores satisfecha y se atrevía a sacrificar márgenes de ganancia, compitiendo con las demás. Se me ocurrió que en lugar de averiguar en las librerías, una por una, dónde costarían menos los ejemplares, de regreso a la casa podría hacer una escala en el edificio del Instituto Nacional Indigenista. Posiblemente hubiera forma de un descuento por comprar sin intermediarios o me había dado a esta esperanza, alcanzar un descuento por ser estudiante... Debía pasar por el INI en horas adecuadas para la burocracia y ver qué sucedía.

Fui al edificio del INI porque allí me dijeron que hacían los libros.

Mire usted, cuando yo llegué por primera vez al INI, no me dejaron entrar así nomás porque sí. Tuve que ir al escritorio de la recepción donde se encontraba un tipo al

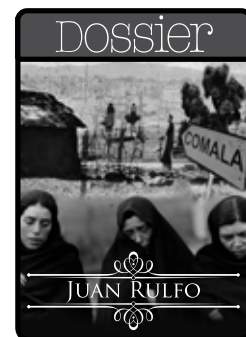
que le pesaba el aburrimiento, con uniforme raído y con una pistola con manchas de óxido. Le pregunté sobre la subdirección de publicaciones:

—Usted que va allá arriba seguido, señor, dígame si tiene una señal o si hay una luz en alguna parte que me conduzca a donde tienen los libros publicados por el INI—. Me mandó al cuarto piso. Como el ascensor estaba descompuesto, debía usar una angosta escalera que comunicaba desde el segundo sótano hasta el sexto nivel. Larga y negra sombra de burócratas que trepaba y bajaba las escaleras, disminuyendo y creciendo según el piso por el que iba pasando. Era una sola sombra, tambaleante, jadeante, con prisa para llegar rápido a... ninguna parte.

Una mujer que evidentemente no estaba ahí por su gusto, me dijo que el señor Rulfo ya se había retirado y que era el único que me podía atender. Se crea un aparato descomunal y la ausencia de una sola persona es suficiente para que el resto ya deje de prestar el servicio por el que se les paga. El méndigo burócrata había abandonado su lugar de trabajo antes de su hora de salida, fue mi conclusión nacida del coraje y la impotencia.

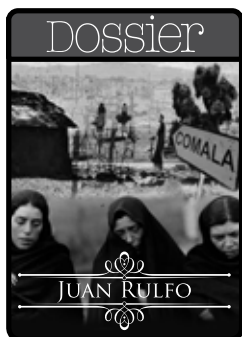
Regresé a la mañana siguiente. Había que sacrificar una o dos clases para conseguir esos libros de inmediato. “No le vayas a pedir nada”, me había dicho mi madre, pero ella sabía que hablaba al vacío. Esperaba que llegara temprano a su oficina el tal funcionario para poder llegar a mi segunda clase del día, por lo menos.

Cuán grande fue mi sorpresa al darme cuenta que el burócrata ausente el día anterior era nada más, ni nada menos que don



Fecha de recepción: 2017-10-20
Fecha de aceptación: 2017-10-30

*Docente-investigador de la UACJ.



Juan Rulfo. No me había pasado por la mente que se trataba del autor de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*; así de ignorante es siempre un estudiante veinteañero. Lo conocía por sus dos libros, lo había visto en algunas revistas donde lo entrevistaban y añadían su foto. Por eso, al verlo, lo reconocí de inmediato.

Muy serio, con el permanente cigarrillo encendido entre los dedos (¡oh, tiempos aquéllos!), harto de la gente que le rodeaba en la inmediatez, me recibió con una sonrisa y me ofreció un café, además de un tabaco. Por cualquier lado que mire, una oficina llena de burócratas es un lugar muy triste. Usted va para allá... ya se dará cuenta.

No nos sentamos porque dijo que no se quería parecer a sus compañeros. Conversamos de libros, de café y del humo del tabaco para luego entrar en materia. Me dio los precios y me preguntó que por qué no les llevaba los libros a mis compañeros. Primero supuse que era amabilidad, luego entendí que no quería que se llenara la oficina de estudiantes de antropología tratando de buscar un descuento con el argumento de todo estudiante: "Es que somos muy pobres".

En el camión rumbo a la escuela ojeaba los dos ejemplares que me obsequió don Juan, el de César Huerta y el de Alejandro Marroquín. Hice con mis compañeros la tratada: me daban el dinero y yo les llevaría los libros. El tiempo apremiaba pues en la biblioteca escolar solamente había dos ejemplares de Marroquín y ya debíamos comenzar la lectura... El del buen César todavía no comenzaba a circular, así que me sentía muy privilegiado por ser de los primeros habitantes del planeta en tenerlo entre mis manos.

Tlaxiaco y los triquis circularon entre mis compañeros estudiantes de antropología. El subdirector de publicaciones del INI nos había hecho un generoso descuento y yo seguí yendo algunas tardes a beber café y fumar con él. Conocí el acervo del Instituto, los planes de publicación, algunas pruebas

que esperaban su cotejo y muchas fotografías. La pasión de Rulfo por las imágenes era notoria, entonces lo comprendí. Así como tenía una buena cantidad de sus extraordinarias fotografías, tenía a la mano copias de las imágenes de Nacho López, de Guillermo Kahlo, Manuel Álvarez Bravo, Héctor García y muchos otros maestros de la cámara. Él trabajaba en la selección de imágenes directamente y en eso se pasaba horas, con su café, su cigarro y ausente del gentío que le rodeaba.

Nuestras breves tertulias llegaron a su final cuando don Juan debía emprender un viaje por diversas partes del país... y yo debía aplicarme más en la escuela. Un par de años después me integré a la plantilla del Instituto Nacional Indigenista en el estado de Chihuahua. Ya era yo compañero de Juan Rulfo, aunque él jamás lo supo.

Allá afuera debe estar variando el tiempo... Me enteré de la muerte de Rulfo varias semanas después de sucedida; a la Sierra Tarahumara solían llegar las noticias con mucho atraso. Al saberlo, ladraban los perros de los vecinos. Me fumé un buen café, bebí un cigarro y los gocé de pie, con un *Pedro Páramo* en mi mano izquierda y haciendo caso omiso a la gente a mi alrededor. *Resulta fácil ver las cosas desde aquí, meramente traídas por el recuerdo, donde no tienen parecido ninguno.*